



Reflexiones antropológicas sobre las lógicas de la mundialización y el capitalismo avanzado como orden cultural

José Palacios Ramírez

Docente-Investigador, Unidad Académica de Trabajo Social y Ciencias para el Desarrollo Humano, Universidad Autónoma de Tamaulipas, México

E-mail: jpalaciosr@uat.edu.mx

Papeles del CEIC
ISSN: 1695-6494



19
diciembre 2005

Resumen

Reflexiones antropológicas sobre las lógicas de la mundialización y el capitalismo avanzado como orden cultural

La idea central de este trabajo consiste en intentar construir algunas reflexiones antropológicas sobre el capitalismo a partir de dos ejemplos etnográficos de producción agrícola. Para ello se trabaja sobre una visión del capitalismo que traspasa lo social, proponiéndose como un orden cuasi cultural, cuya potencia es pasada muchas veces por alto en las ciencias sociales debido a sus propias cartografías epistemológicas, dado que de algún modo ambas comparten las mismas condiciones socio-históricas de posibilidad, el mismo sistema social. De ahí que ambas lógicas coinciden en la dicotomización de ciertos dilemas que constituyen puntos estructurales para pensar este tipo de cuestiones.

Abstract

Anthropological reflections on the logics of the Globalization and the advanced capitalism cultural order

The central idea of this work consists of trying to construct some anthropological reflections on Capitalism from two ethnographic examples of agricultural production. For it works on a vision of the Capitalism that transfers the social thing, setting out like a cultural order, whose power is often ignored in social sciences due to its own epistemological cartographies, since of some way both share the same partner-historical conditions of possibility, the same social system. For that reason both logics agree in the dicotomisation of certain dilemmas that constitute structural points to think this type of questions.

Palabras clave

antropología social, capitalismo, mundialización, epistemología

Key words

social anthropology, capitalism, globalization, epistemology

Índice

1	Introducción	2
2	El café.....	3
3	El olivar.....	8
4	Paralelismos, variantes estructurales y cuestiones dicotómicas: la imposibilidad de cartografiar la mundialización.....	11
5	Dicotomías epistemológicas y teóricas: o de <i>adentros y afueras</i>	15
6	Coda: Capitalismo, economía, política y cultura	19
	Bibliografía	23



1 INTRODUCCIÓN

La idea central de este trabajo consiste en intentar pensar desde la Antropología ciertos aspectos de la llamada mundialización, ya que partiendo de ciertos aspectos de la producción agrícola mundializada, pretendo intentar problematizar sobre las condiciones, posibilidades y límites que el pensamiento antropológico conlleva a la hora de enfrentarse a su propia cultura de origen, el capitalismo occidental.

Dicho intento problematizador se moverá básicamente en tres niveles, teniendo como conector la idea de que pareciera que en estos tres niveles todos los límites con los que nos podríamos topar, tanto si hablamos de realidades empíricas como si lo hacemos de límites epistemológicos, tuvieran en común una conformación dicotómica. Así pues estos tres niveles serán los que estructuren el desarrollo del texto más allá de la estructura expositiva visible. El primero de ellos se refiere a la permanente dualidad que ofrece una mirada sistematizante a realidades de producción mundializada (en este caso hablaríamos de producción agrícola) a la búsqueda de algún tipo de aspectos estructurales.

El segundo nivel tendría que ver más con el reflejo y/o el origen que estas dicotomías tienen en la cartografía epistémica, en las miradas y las “armas” con las que los científicos sociales, en este caso los antropólogos, contamos para enfrentarnos a este tipo de realidades, no sólo porque nos impliquen como sujetos-objetos, sino también porque una *arqueología* de las estructuras y lógicas de nuestras herramientas las sitúa en el mismo origen, en las mismas *condiciones de posibilidad* (Foucault, 1999) e incluso como parte de los procesos que querríamos comprender. Porque más allá de la respetable opción para explicar este tipo de espejos de una perspectiva que haga más hincapié en la constitución socio-cultural del conocimiento científico en momentos históricos diferentes, una mirada menos atrapada en la propia fenomenología *científica* parece más aceptable si la intención es pensar con recelo sobre lo que hacemos¹.

El tercer nivel de problematización sería el entender el *capitalismo* no sólo como una forma socio-histórica de producción y consumo, sino como algo más que una “cultura global” que ha ido extendiéndose desde el siglo XVI (Wallerstein, 1989)

¹ La idea es aprovechar las aportaciones de Kuhn, 1989, pero también intentar salir “afuera” de ellas.



esto es, como un sistema cultural de carácter holístico en el que no todo lo que se ve como economía lo es. Y en el que, consecuentemente, también hay mucho de *política* o de *sociedad*, e incluso todo un nivel simbólico de valores, ideas o categorías que a su vez *axiomatizarán* todo lo que se podría entender como un metasistema ecológico cultural de carácter integral. De hecho esto debería explicar, al menos si aplicamos una esquematización estructuralista, la conformación dicotómica de muchas de las realidades mundializadas similares a las que se expondrán. Aunque, sin duda, lo interesante sería el buscar ciertos principios de *intercambiabilidad* entre axiomas simbólicos, así en los clásicos esquemas estructurales (Giobellina, 1990) la intercambiabilidad entre *primos cruzados/ mitades clásicas/ especialización socio-económica/ y versiones de mitos* nos hablarían de una variante sistémico-estructural dentro de un supuesto todo (estructural), una especie de sub-sistema holístico. En el caso del capitalismo debería suceder algo similar con nociones como producción/consumo/evolución/sociedad/sistema y cultura por elegir algunas de las nociones que, personalmente, considero claves.

En definitiva, estos tres niveles serán los que estructuren este texto, de manera que tras un breve y sintético acercamiento a dos espacios etnográficos de producción agrícola mundializada, pasaré a intentar realizar algún tipo de transposición comparativa entre ellos. Luego el texto comienza a alejarse del piso “empírico” para retomar los dos espacios de problematización epistemológico-teórica, para intentar buscar claves de lo “que vemos” en lo “que hacemos” y “cómo lo hacemos” cuando pensamos este tipo de cuestiones, y también intentar profundizar un poco en la perspectiva teórica sobre el capitalismo como orden cultural holístico en el que, claro está, se integrará también mucho del conocimiento que el aparataje científico produce sobre dicho sistema.

2 EL CAFÉ

Huehuetla es un pequeño municipio mexicano perteneciente al estado mexicano de Hidalgo, encuadrado dentro de la Sierra Madre. Junto a otros municipios conforma una “microregión” muy influida por el medio ecológico y con unas variables culturales generales muy similares, que han ido difuminándose entre los distintos grupos étnicos que habitan en la sierra, de mayoría otomí en contraste con los escasos tepehuas existentes, formando una región delimitada por el INI (Instituto Nacional Indigenista) como sierra otomí-tepehua. Los rasgos básicos de esta locali-



dad son la altitud y el clima húmedo, además de una “relativa” tradición cafetícola que, en muchos casos, sustituyó al tabaco como producto comercial y que ha “permitido” mantener en algunas comunidades sus anteriores cultivos de subsistencia, incluso sus sistemas rituales de cargos, condenándolos también a la dependencia y la exclusión de las redes nacionales del “desarrollo”.

Diferentes procesos históricos han marcado, junto con la actuación estatal y la consolidación del cultivo comercial del café, una estructura de la propiedad en Huehuetla que, salvando algunas excepciones, es bastante dispersa y de pequeña extensión, lo que tendrá mucho que ver con las condiciones físico-climáticas en la problemática situación actual del conflicto del café y más si le añadimos su nula comunicación y mala posición dentro de las redes que conducen hacia la principal “salida” del café hacia la exportación, todo ello en el contexto general de crisis estructural del café en México².

Hay que señalar que una de las particularidades de la sierra otomí-tepehua en general, y de Huehuetla en particular, es que pese a tratarse de una zona de obvio poblamiento étnico, como sucede con la mayoría de las zonas cafetícolas en México, con una fuerte ingerencia del INI también en cuestiones de desarrollo, no se trata de una zona donde la identidad étnica y las comunidades hallan servido como aglutinador para reivindicaciones políticas y mucho menos para intentos similares a los de otras regiones de empoderamientos dirigidos a tomar las riendas de las instancias de decisión sobre las políticas locales de desarrollo.

Desde su rol periférico, Huehuetla es un buen ejemplo de cómo las políticas macroeconómicas propias del Estado mexicano y las estrategias que establece para el “desarrollo”, junto con su nivel de ingerencia, han ido desplazándose y cambiando con el tiempo, sufriendo los efectos de varios centros gravitatorios, como serían las ingerencias de los agentes transnacionales y el paulatino asentamiento de un estado nacional que casi siempre ejercerá de “mediador” en una economía que aún mantiene un carácter claramente dependiente. El principal discurso al respecto de las políticas ha sido el conseguir una cierta *independencia al respecto de las exportaciones*, una mayor *industrialización* y la consecución de una *modernización*

² Una etnografía impagable sobre la zona pese al paso del tiempo es Williams, 1963.



agrícola, aunque lo que no parece tan claro es el cálculo de los costes de este “avance” (en el caso de que se lograra), tanto en lo humano como en la dependencia comercial y tecnológica. Aun así, es difícil concebir la economía estatal mexicana independientemente de la mayor o menor articulación o desarticulación agraria e industrial sin que ésta mantenga la permanente presencia de un *ethos mercantilista*. El trabajo de Cypher (1992) sobre el papel del Estado en la economía mexicana establece tres etapas fundamentales donde se puede encajar perfectamente el papel jugado por la institución dentro del “agro” mexicano, centrado en el caso del cultivo y comercialización del café, donde se entrecruzan especialmente los intereses estatales, los transnacionales, las políticas de desarrollo o las cuestiones ligadas al indigenismo y su relación con elites propietarias mestizas, lo cual hace que se pueda hablar más bien de una oscilación continua en los intereses internos del fortalecimiento de la institución estatal, que pretenderá llegar prácticamente a toda instancia y épocas de “crisis” y darán lugar a la retirada del Estado, que dejará que sea el propio “mercado” el que se autorregule, con lo que un papel fundamental fue para el extinto Instituto Mexicano del Café (Salazar Peralta, 1988).

El principal momento del INMECAFE vendrá entre las décadas de los 70 y 80, en las que México se convertirá en uno de los principales productores de café de Latinoamérica, superando a sus tradicionales competidores Brasil, Colombia, Costa Rica o Guatemala, permitiéndose además el prescindir del Consejo Internacional del Café, mediador internacional por antonomasia de los productores con los dos grandes centros mundiales del comercio de los activos financieros del café en Nueva York y Londres. En esta época, intentará realizar una labor de integración social en las zonas productoras de conformación étnica indígena, a las que se intentará “liberar” del pago de los intermediarios mestizos, llamados *coyotes*, que presentaban un dominio casi asfixiante, por medio de los préstamos que ahora establecerá el propio INMECAFE y sus agencias de desarrollo ligados casi siempre con el INI, para ayudar a los productores. La otra gran propuesta consistirá en modernizar el mercado rural ya existente, intentando poner en marcha una serie de cursos de capacitación dirigidos a los campesinos, que serán convencidos de forma más o menos sutil para que cambien no sólo su forma de cultivo, sino también la especie del cafetal que se plantaba hasta el momento y que recibirán intentos de formación para que introduzcan el uso de insumos químicos, en lo que pretendía ser un intento de dar un importante salto cualitativo en el nivel de producción del café, siempre negociado por el



propio Estado directamente y que presentaba importantes paralelismos con el principio *rentista* de la apropiación del valor producido y de la extensión del control estatal que ya se daba en otro tipo de campos económicos como en el petróleo.

El nivel de inferencia estatal en las zonas cafecultoras llegó a introducirse en la compra y abastecimiento de otros productos alimenticios de bajo precio, teniendo como *interface* institucional al CONASUPO. La radical caída de los precios y el giro neoliberalista tomado por los países occidentales a principios de los años 80, seguido después por otros países latinoamericanos, culminó en las medidas de retirada de desinversión social del gobierno mexicano y la desintegración del INMECAFE, que fue sustituido por el Consejo Estatal del Café, que contaba con una estructura relativamente autónoma en cada estado productor y en cada una de las sedes de las cabeceras de municipio estratégicas de las zonas productoras. En general, no parece que este cambio organizacional-burocrático haya hecho cambiar los principales problemas endémicos heredados del INMECAFE, el *carácter clientelista de la instancia moderadora frente a los actores transnacionales* y la dependencia que éstos generan, ya que el modelo de desarrollo propuesto sigue siendo en la práctica algo bastante determinado *desde arriba*, lo que ciertamente confirmó el modelo usurero de los coyotes, teniendo ahora como elemento *mediador privilegiado* al propio Estado, pues realizaban la misma tarea, con la salvedad de que aporta algo más de *flexibilidad en el pago de los plazos*.

En la actualidad, casi todas las huertas de café en Huehuetla se encuentran en un importante abandono, pues casi no se les realiza, por exigir de una inversión en salarios que no producen, las labores de corta y los cuidados habituales que necesitan, llegando incluso a darse el caso de que no se recoja la cosecha, quedando inutilizada la planta. En teoría, el descuido de las plantaciones se debe a la ya larga coyuntura de malos precios que lo hace "antieconómico", aunque existen otras causalidades que complejizan aún más la cuestión. Una de las primeras "problemáticas" en hacer aparición fue el agotamiento del suelo, que ponía difícil cualquier intento de plantación, aunque no se tratara de café. Para los técnicos del gobierno del INI dicho agotamiento se debería a la larga utilización de la técnica de la roza, tala y quema, que aún hoy se suele utilizar, además de las condiciones climático-geológicas propias de la zona. A esto habría que sumar lo difícil que es para un pequeño productor, por el escaso tamaño de su propiedad y lo ajustado de sus posibilidades económicas, el dejar descansar en barbecho una parte de su tierra. Pero, sin



duda, de lo que con mas insistencia se quejaban los productores era de la devastadora acción del INMECAFÉ, que en los últimos 20 años, debido al auge de los precios del café, había ensayado todo un intento de modernización y aumento de la producción del café a nivel nacional, intentando introducir nuevas especies más cercanas a los gustos del mercado internacional y apoyadas en la utilización de insumos químicos.

La irrupción casi total del café como monocultivo comercial, aceptado en su momento por los cultivadores debido a los altos precios y en detrimento de su tradicional cohabitación con otros productos alimenticios como el maíz, significa el radical desequilibrio del sistema ecológico y de producción de la zona. Así mismo los niveles de inclinación, los altos precios y la falta de adaptación hicieron fracasar la introducción de insumos químicos, lo que unido al abandono de la especie de café tradicionalmente utilizada, el café criollo introducido por el INI se reveló definitivamente devastador, pues significó el abandono de la flora circundante que en el huerto evitaba la erosión, el chalauite, árbol que proporcionaba sombra a los cafetales y los abonaba con sus hojas caídas. Recientemente han surgido voces desde la etnoecología que defienden que la tradicional utilización en estas zonas el uso del sistema de roza es equilibrada y no es perjudicial, habiéndose visto quebrado por los intentos de “modernización” (Beaucage; Taller de Tradición Oral 1997: 45-67). Además, el definitivo balanceo hacia el cultivo comercial significó en Huehuetla cambios profundos en su *habitus* de producción y comercialización, un abandono de los sistemas de trabajo colectivo a mano vuelta y una definitiva incrustación de la economía mundial de producción y consumo, que en muchas ocasiones y de forma reduccionista se entendió como una proletarización del campesinado. En la actualidad estos cambios, tras el giro neoliberalista de las políticas estatales, la caída abismal de los precios del café y la desaparición del INMECAFÉ se han revelado como un paso definitivo hacia la dependencia, que hace que las estrategias de los productores pasen bien por migraciones más o menos lejanas a México D.F. o Estados Unidos o bien por jugar con las ayudas estatales al café y al maíz, de forma muchas veces fraudulenta, para a su vez poder generar otros ingresos con cultivos comerciales de otro tipo a escala intraregional como la naranja, el plátano o el ajonjolí o con la realización de otro tipo de trabajos de carácter análogo.

El planteamiento de una producción “artesanalmente posindustrial” se hizo perfectamente visible a la hora de analizar las *tomas de decisiones* de los product-



res dentro de los ejes premarcados del comercio internacional del café, donde se ha impuesto la “normatividad” de que los productores maquilan en parte la producción, vendiendo ya el producto despulpado, sin cáscara y seco, mucho más funcional y con mayor conservación. Así pues, los productores prestan bastante atención a los rumores de cambio de precio internacional o a las noticias de las heladas que se producen en Brasil y especulan permanentemente con su café cuando les es posible por su coyuntura familiar, almacenando y vendiendo cuando hay buen precio, eligiendo si venden a intermediarios locales o a los venidos de la zona costera de Veracruz, que pagan mejor y un sinfín más de estrategias de gran complejidad, siempre dentro de su estrecho margen estructural.

3 EL OLIVAR

No es necesario ser un gran conocedor para suponer que tanto en Jaén como ocurre en su región de adscripción, Andalucía, existe una “cierta vocación histórica” de carácter agrícola, un papel bastante bien asumido y que en la actualidad sigue bastante vigente dentro de la adscripción a la Unión Europea. Suelen situarse en los primeros lugares de las estadísticas referentes a la dedicación agrícola, a nivel español y europeo, del mismo modo que aparecen a la cola en lo que refiere a las estadísticas que cuantifican el nivel de riqueza o bienestar. Aun así, la “emergencia” de archipiélagos territoriales de carácter sectorial a nivel global ha quebrado en mucho las homogeneidades regionales. Así aparecen en la provincia de Jaén algunas poblaciones de mediano tamaño, cuya renta se sitúa al nivel de países como Suecia, girando su economía no sólo en torno al olivar, sino también alrededor de empresas foráneas de carácter transnacional, que por indefinidas, pero seguramente interesantes razones, decidieron en diferentes momentos, asentarse en estos lugares.

Por supuesto, no tendría sentido negar aquí el papel central del olivar en la “geo-economía” social de Jaén, aunque sí que lo tiene ofrecer una visión de conjunto más amplia y completa, que de forma procesual a la vez que sirve de contexto comprensivo, ofrezca algunas claves de cómo se han constituido dicha realidad social, visible en el “mar de olivos” que tanto llama la atención de quien por primera vez mira Jaén. El hecho es que ahora que las ciencias sociales, incluida la Antropología Social, prestan atención a las llamadas “*nuevas modernidades*” (Robotham, 1997) situadas en contextos *postcoloniales*, no es tanta la atención que parecen suscitar



otras “modernidades” que, a mi parecer, tienen un “interesante” carácter “periférico”, una morfología de conformación ciertamente *hibridizada* bajo su apariencia *híbrida*.

Lo que parece estar claro es que la extensión del cultivo del olivar está relacionada con la progresiva inserción del contexto giennense en las redes de la modernidad, de la producción con vistas al mercado, con la roturación extensiva de tierras, con el aumento demográfico y con la extensión de la integración económica y social en el Estado español y en las redes de comercio mundiales, que hacía algún tiempo incluían ya a las colonias americanas. Pero a la vez, esta perspectiva que serviría para proponer al cultivo del olivar como vehículo histórico de Jaén hacia la “modernidad” y su ideal de “progreso”, tiene otra cara paradójica relacionada con la necesidad del olivar de mano de obra, la miseria y la conflictividad social relacionada con la explotación (Herr, 1996).

De cualquier modo, la cuestión que transversaliza las diferentes políticas agrarias españolas, incluyendo problemáticas como la estructura de la propiedad de la tierra, es el “choque” de lógicas entre las direccionalidades que se pretendían y se pretenden implementar y las que los propios cultivadores, entendidos éstos también de forma bastante heterogénea, pretenden para su dinámica socioeconómica y sus cultivos. En el caso concreto del olivar hay que intentar diferenciar entre la oportunidad o la opción de recursos, siempre complementarios, vía comercio minoritario de exportaciones que este cultivo suponía bastante bien entrado el siglo XX. En el transcurso del cual la relación de proteccionismo/ dependencia del sector oleícola para con las políticas estatales será una constante, de igual modo que las persistentes problemáticas puntuales que enfrentaron a los productores con la institución estatal, aunque evidentemente en el largo periodo franquista, su pretendido régimen económicamente autárquico, las coyunturas y los tonos sociales serán muy diferentes, siendo en los años 70 el monocultivo del olivar una realidad incipiente.

A este proyecto de asunción del monocultivo de olivar como única vía de progreso, ayudó bastante la inyección económica proveniente de la Unión Europea, aunque paradójicamente, una serie de problemas de financiación y un cambio de dirección en las políticas agrarias europeas cuyo origen sería el triunfo de Estados Unidos en las negociaciones de la Ronda Uruguay del GATT, han situado a la olivicultura en un momento crítico. El motivo de esta crisis es el paso de un modelo *productivista* a uno *ruralista* (Ramos; Romero, 1994: 175-212), un paso cuyo principal



problema era el choque de lógicas, la desorientación de unos productores que durante mucho tiempo se habían esforzado por interiorizar las lógicas de productividad interna que los técnicos dictaban y ahora se veían instadas a abandonar sus cultivos.

A un nivel más etnográfico, el proceso de modernización y mecanización que ha sufrido la olivicultura en las dos últimas décadas (especialmente visible en procesamiento del aceite y en la recogida del fruto) ha generado toda una serie de cambios. De entrada, se ha dado una fuerte explosión de este cultivo a zonas que tradicionalmente se dedicaban al cereal, generando dos tipos de zonas relacionadas a su vez con su nicho ecológico cultural (Palacios Ramírez, 2002: 23-50). Uno de esos tipos serán zonas de campiña, de poca tradición olivicultora, en las que los procesos de mecanización se han aceptado más rápidamente, porque las condiciones del terreno lo permitían y en las que, con menos esfuerzo, se ha entrado a la dinámica de producción industrial. Mientras que el segundo tipo de zonas, de bastante desnivel en su terreno y mucha tradición olivarera, apenas se ha conseguido modernizar, persistiendo rasgos de producción tradicionales, junto con una fuerte limitación estructural para la adaptación a las nuevas condiciones.

Además, la reducción del tiempo de recolección (junto con el fin de los sistemas de mano vuelta) y la terciarización de la socioeconomía giennense, ha hecho necesaria la contratación de mano de obra extranjera, generalmente magrebí, que genera todo un cambio en el panorama de estas poblaciones, que ven esta cuestión entre la desconfianza y la necesidad. A esto hay que sumar toda una serie de problemáticas ambientales que son debidas a este énfasis en la olivicultura manejado sin muchos conocimientos técnicos ni por los productores ni por las instancias gubernamentales³.

³ Me refiero a cuestiones como la erosión o la sobreexplotación y contaminación de los recursos acuíficos en una zona árida de por sí. Son de utilidad Guerrero *et alii*, 2002: 51-64; y Cuesta Aguilar, 2002: 65-86.



4 PARALELISMOS, VARIANTES ESTRUCTURALES Y CUESTIONES DICOTÓMICAS: LA IMPOSIBILIDAD DE CARTOGRAFIAR LA MUNDIALIZACIÓN.

Casi independientemente de los espacios etnográficos que uno quisiera componer o yuxtaponer, con sus respectivas distancias, al margen de la perspectiva teórica elegida para enfrentarse al análisis, lo que parece innegociable a la hora de integrar interpretativamente dichos espacios “localmente mundializados” es la idea de complejidad sistémica (Hidalgo, 2003). Otra cuestión es que tras la idea o clave heurística de los sistemas siempre puede aparecer el riesgo de la legitimación funcionalista en clave de equilibrio-conflicto. Pero en cualquier caso, la antropología siempre ha tenido una buena salida a este dilema en la perspectiva ecológico-cultural, sobre todo en las visiones que primaban la *integralidad* de los sistemas, incluso en perspectivas sobre la *modernidad* o el capitalismo que suman a este entendimiento del capitalismo como sistema ecológico-complejo la idea de *poder* como *producción de sentido* (Deleuze y Guattari, 1988).

Aún así a la hora de contraponer sendas realidades etnográficas como nichos (locales) de un mismo meta-sistema (mundializado) esta visión sistémica no es necesariamente contradictoria con el apunte teórico que realizaba al comienzo proponiendo una fórmula *a la maniere* estructuralista. De hecho, sólo es necesario dejar de pensar en una concepción protocolarizada de la comparación para pensar en un sistema estructural que toma *sentido* en muchos casos por oposición, por ausencia de continuidad⁴, para que esa apuesta por la diversidad de *sentido* en las lógicas culturales del capitalismo empiece a engarzar mejor con las ideas estructuralistas de *inversión* y *convertibilidad*. Así, en los casos concretos de Huehuetla y Jaén, el sistema de opuestos producción-consumo/evolución-sociedad/sistema-cultura, pueda ser “sustituible” por claves cartográficas para pensar, como podrían ser la idea de progreso en Jaén - las políticas de desarrollo en Huehuetla - la seguridad de los productores en Jaén- la historia de vulnerabilidad de los productos en Huehuetla - la fuerte idea de pertenencia identitaria de los productos en ambos lugares para con su producto- y la total dependencia global a nivel de comercialización y, por lo tanto, valorización de sus productos

⁴ Algo además no muy alejado de ciertos rasgos de los llamados *sistemas abiertos*, Luhman, 1997: 16 y ss.



De alguna manera el intentar hacer “visible” este tipo de esquema analítico-interpretativo basado en la búsqueda de “pares de opuestos” transversalizados por la idea ecológica de sistema, pasa por intentar hacer esta transversalización más explícita, por re-territorializarla buscando no sólo aspectos comunes de ambos contextos, sino más bien aspectos que nos hablen de las condiciones estructurales que impone el meta-sistema en contraste con las condiciones de adaptación sistémico-locales.

Para empezar a ambos espacios les es común, aunque en diferente grado y coyuntura del proceso, un momento de desinversión estatal en los aspectos sociales, más concretamente en el “proteccionismo agrícola”. Y aunque esto evidentemente está más avanzado en el caso del contexto mexicano que en el europeo, no es difícil imaginar a futuro un cierto nivel de convergencia, dado que son premisas más o menos preimpuestas por los espacios transnacionales de ordenamiento económico (FMI, rondas del GATT). Además comienzan a hacerse visibles en ambos contextos altos costes ecológicos, fruto de la fuerte idea de *productividad* que hasta no hace mucho han orientado los programas de apoyo al mundo rural. De manera que en Huehuetla encontraremos un suelo apenas ya sin capa fértil, debido no sólo a las condiciones físicas (humedad, inclinación y erosión) sino también a la introducción de otras especies de mata de cafetal asociadas a insumos químicos, que además conllevaban la destrucción del huerto tradicional y su sistema natal de reposición de la capa fértil. Mientras que en Jaén la explosión del monocultivo del olivar en toda la provincia, fruto de la inyección económica que supusieron las “ayudas europeas” y sus programas productivistas (o la interpretación productivista de éstos) ha generado la sobreexplotación de los acuíferos, la afectación de mucha superficie de monte, la contaminación de la capa fértil del terreno por la utilización masiva de insumos químicos (con desconocimiento técnico), el favorecimiento de la erosión en una zona ya árida o el acortamiento de la vida del árbol debido a la primacía de una forma de poda que favorece la productividad a corto plazo, pero que implica una deshumanización de un árbol tradicionalmente humanizado.

Por otra parte, es necesario integrar estas cuestiones más locales de los costes ecológicos en otro aspecto más global muy a tener en cuenta: la reproducción en la morfología de ambos esquemas productivos (café-aceite) de un *sistema*



*piramidal*⁵ que obviamente lleva asociada la existencia de oligopolios a nivel comercial. Una estructura productivo-comercial que ciertamente parece relacionarse con todas las culturas comerciales, desde el té hasta la adormidera o la coca, aunque es mucho más evidente en culturas de mayor recorrido comercial como el café que en otras más localizadas como el aceite. No obstante, pese a que así planteado puede parecer algo tan “sencillo” como que la morfología productiva capitalista global se adapta de distinto modo y con distintos costes en diferentes espacios regionales de inscripción socio-económica, hay que tener en cuenta que existe toda una serie de relaciones de dependencia-influencia entre distintos conjuntos regionales y que, en cierto modo, las esferas de acaparamiento y control de la comercialización a nivel transnacional están prácticamente deslocalizadas, lo cual hace que no hablemos de nichos ecológicos estancos sino de niveles interconectados, de relaciones que a veces implican, al seleccionar un esquema explicativo, la exclusión automática de otros.

Claro que antes habría que tener en cuenta la introducción de características post-industriales en la producción agrícola, tanto de zonas muy desarrolladas (Europa) como otras más alejadas de los patrones de desarrollo (México), y que a la vez que se da esta post-industrialización propia de la producción industrial tardía, se da también una especialización regional que a nivel local significa prácticamente una racionalización fordista de la socioeconomía. Por ejemplo, a ambos espacios les es común una flexibilización productiva, toda vez que zonas como Nueva Guinea han entrado con fuerza al tradicional juego entre México-Colombia-Kenya-Brasil, al igual que en el caso del aceite, al acecho de países como Túnez se han sumado plantaciones en California, México o Argentina. Lo cual por encima de la potencialidad comercial de estos productos: café a nivel mundial (un juego ya casi cerrado) y aceite limitado prácticamente al Mediterráneo y a clientes selectos mínimos en otras regiones significa, a nivel sistémico-global, una mayor capacidad para las estructuras transnacionales y bursátiles de adaptación a cambios coyunturales, pese a que dicha flexibilización venga interpretada a nivel local también de forma dispar, como

⁵ Para el caso del café pueden verse Díaz; Santoyo; Valdivia, 1994; o Early, 1982; mientras que para el del aceite, López Ontiveros, 1978: 19-40.



una oportunidad de progreso aún en la especialización en Jaén y como un lastre de la deseada diversificación en Huehuetla.

Otra de las paradojas características post-industriales es la especialización productiva, acompañada a nivel local de una tendencia a la mecanización, bien en la recolección de la aceituna, bien en el procesado-maquilación que realizan los productores en Huehuetla obligados a poseer despulpadora o secadora. Conllevando esto además una determinada forma de inserción del productor en las redes comerciales, con un fuerte desconocimiento de éstas en el caso del productor en Jaén que deja recaer el peso en las cooperativas de productores y que confía en las subvenciones europeas para no tener que presentar ningún tipo de conflicto a los mediadores de las envasadoras italianas; o con una fuerte implicación en el caso de los productores en Huehuetla, que no sólo maquilan en parte el café antes de venderlo, sino que debían realizar toda una serie de cálculos especulativos de forma previa, además de tener problemas serios para organizarse y vender, que se agravan cuando consiguen hacerlo presentando “cara” al acaparamiento de esta esfera por asociaciones cercanas a las instancias institucionales de las agencias gubernamentales, muy flexibles de cara a las necesidades de las transnacionales que compran finalmente gran parte del café.

A estas características se podrían añadir más rasgos post-industriales, como la inserción de estas zonas en flujos migratorios, toda vez que la mano de obra se ha descapitalizado y los sistemas tradicionales de solidaridad comunitaria se han desintegrado en distinta medida. De forma que mucha gente en Huehuetla emigra para reunir dinero que le permitirá invertir o complementar los ingresos de su parcela, mientras que en Jaén los productores se ven “obligados” a realizar un gran esfuerzo para asumir que necesitan de mano de obra externa a la “comunidad” para cumplir los requisitos de inversión-tiempo que el “mercado” exige.

E incluso sumaría las implicaciones a nivel productivo de la extensión de ciertos juegos de construcción cultural del producto bajo criterios de esencialización, fundamentalmente vía producción ecológica, unidos a una cierta idea de patrimonialización de un mundo en teoría intangible y natural que, al parecer, hay que proteger. Una dinámica ésta mucho más obvia en el caso de Jaén y visiblemente negada en zonas como Huehuetla, lejanas en cuanto a exotismo, producción, acceso o calidad respecto de zonas como Chiapas. De manera que uno no deja de tener la impresión



de que en el caso de Jaén se sitúa ante un tecnocrático ejercicio tardomoderno con simulación de lo tradicional, contra la fuerte idea de progreso que desde afuera se preimpone a Huehuetla, cuyas condiciones de partida la condicionan a una modernidad cuasi artesanal. No dejando de ser curiosos los contrastes que ofrecen ambos espacios entre sí, incluso en lo que se refiere a cuestiones como los límites entre formalidad-informalidad en los ejercicios socio-económicos, siendo un detalle clave la contraposición entre la figura informal de la cafecultura, el coyote, y la figura hiper-formal del “corredor” de aceite.

5 DICOTOMÍAS EPISTEMOLÓGICAS Y TEÓRICAS: O DE *ADENTROS* Y *AFUERAS*

Al comienzo decía que tras el acercamiento “empírico” a sendas realidades localmente mundializadas pasaría a intentar repasar otras conformaciones duales fruto de la *episteme* (Larrauri, 1999: 87-147; Foucault, 1968: 9-44) que da condición de posibilidad de nuestro conocimiento, en lo que se inscriben nuestras formas de aproximación a estas realidades.

Sin duda alguna la primera de las dicotomías con la que me topé fue la misma configuración de lo que podíamos entender como intereses actuales por los hechos globales. Creo obvio recordar que la emergencia efervescente de lo global como nuevo fenómeno tiene más que ver con una aceleración de estas dinámicas que con el surgimiento de un fenómeno nuevo que no viniese dándose desde la aparición del mercantilismo. Parece pues que, básicamente, la configuración de estos intereses tiene dos frentes o perspectivas claramente definidas que, en la medida de las posibilidades, creo que se debería intentar “pervertir”.

Así, de una parte encontramos una percepción de corte social que ve al capitalismo como algo ya extendido a nivel mundial y que se centra en el análisis de las condiciones de posibilidad de esta extensión y en sus consecuencias con un fuerte corte etnológico y diacrónico (Taussig, 1993). A la vez que también centra muchos esfuerzos en pensar sobre el funcionamiento de esta realidad capitalista mundializada, básicamente con la ayuda de las aportaciones de las teorías de sistemas aplicadas a los campos sociales, territoriales e incluso medio-ambientales. Con lo que, de forma más o menos explícita, subyace la idea del capitalismo como fenómeno, no sólo transnacional, sino suprasocial, al que casi nunca se le da una concepción cultural.



De otra parte, la perspectiva culturalista se reservará para toda una serie de hechos de carácter mucho más localizados, habitualmente de dimensión política. Me refiero a los trabajos mucho más teóricos en su contenido o direccionalidad, centrados en las gramáticas de encuentro cultural e integración, los trabajos sobre hibridación. Y también sobre las culturas en movimiento, diásporas o integradas en otras culturas nacionales, migraciones, espacios de flujo en ciertas fronteras (Clifford, 1999). Normalmente en este tipo de trabajos el énfasis en la dimensión cultural hace que las aportaciones del bloque anterior sean sobreentendidas dando lugar a dos dimensiones inconexas, sordas una de otra (Palacios Ramírez, 2003: 113-125).

Por otro lado, esto tiene consecuencias o puntos de partida epistemológicos muy interesantes: una mirada a la abundante literatura sobre el/los tema/s permite ver cómo se suele entender lo local como muy profundamente cultural y lo global como superficial. Como si localmente no se reinterpretasen y reapropiasen de forma profunda las lógicas globales del capitalismo (seguramente aquí flota una versión de herencia dialéctico marxista del capitalismo; estructura/superestructura). En particular Friedman (2002: 100 y ss) ha captado esta dicotomía al hablar de una división entre antropología de los *sistemas globales y retóricas de la globalización*.

Una de las consecuencias teórico-epistémicas es la extensión de nociones, de formas de entender conceptos tan ricos como *red*, de un modo excesivamente plano. Noción ésta de red que encierra un sinfín de conexiones entre territorios, política, sociedad, economía y cultura y que tiene en algunos trabajos etnográficos británicos en África un precedente interesantísimo que ha sido olvidado también por los antropólogos (Molina, 2001: 16-36; Vincent, 1986: 99-114) por no dotarlo de un entendimiento quizá más metafórico y que, en conjunción con las teorías de sistemas y nociones como *variabilidad, conectabilidad o interacción*, nos ofrecen puertas a interesantes cuestiones también culturales, en una tendencia que otras muchas disciplinas más científicas han seguido: la *complejidad, autoreferencialidad, entropía y riesgo*.

Otro ejemplo curioso de las consecuencias de esta dicotomización de las realidades globales es el hecho de que, tanto en antropología como en otras disciplinas sociales, la extensión en escala que ha significado la globalidad ha puesto de nuevo en juego ciertos hábitos ya conocidos y también ciertos temores. Me refiero a cómo en el caso de la antropología más etnográfica o de la sociología construida



sobre experiencias de campo en lugares exóticos, se ha visto que su medida empírica básica, la comunidad, se ha resquebrajado descentrándose en los difusos límites de lo local/global (una nueva dicotomía) lo cual en parte habría que entroncar con la resaca de la crisis de representación que significó el postmodernismo. Y es que si bien por la vía de la complejidad se han hecho propuestas para romper este paroxismo, como las etnografías *multisited* (Marcus, 1995: 95-117) o la recurrencia a principios globales de interpretación de lo local o con nuevas disciplinas transdisciplinarias como la ecología política, esta nueva situación ha significado un freno a la discusión y generación de conocimiento teórico. Tanto es así, que el citado Marcus (ibid: 95), menciona que más que existir una fuerte preocupación por resolver lo que el llama *dicotomía transversales*, refiriéndose a las relaciones entre *local/global* y entre *lifeworld/world-system*, las ansiedades han venido en mayor medida desde sensibilidades metodológicas.

Y es que, en cierta medida, los cambios de intereses que ha conllevado la emergencia de las cuestiones globales y las ansiedades metodológicas y epistemológicas que se han generado en disciplinas como la antropología, podrían entenderse como un deslizamiento hacia un cambio de *paradigma* cuyas nuevas palabras clave serían *complejidad*, *movimiento* o *dinamismo*. Aunque pienso que esa causalidad externa social de corte kuhiano debe siempre complementarse con la perspectiva más “interna” de Lakatos (1983) y sus *programas de investigación* con un *núcleo duro* de principios regidores básicos y dos niveles contrapuestos de *heurística negativa* y *positiva* respectivamente, un esquema este que seguramente sea sencillo de “aplicar” a la antropología y a la coyuntura que aquí nos ocupa.

De este modo, básicamente las respuestas en las concepciones teóricas a estos nuevos retos han pivotado sobre dos polos: uno cercano a los llamados *cultural studies*, más cercano a la propuesta de cuestiones teóricas más abstractas, de un entendimiento más etéreo de los hechos socio-culturales, y una percepción más ecléctica y flexible del conocimiento. Y un segundo polo que ha asumido postulaciones quizás más materialistas, con un extremo formalismo en sus categorías y en su idea de conocimiento social, ya que prácticamente destierran la idea de cultura de



sus teorías, o al menos, la socializan⁶. Así, en torno al primer polo encontraremos el bloque de propuestas cercanas a las críticas posmodernistas, con sus intereses por las visiones impuras de la cultura, por lo ingobernable de ésta, mientras que en torno al segundo tendríamos toda una serie de visiones que servirán de base teórica subdisciplinas de fuerte aplicación social, relacionadas con la inmigración, la interculturalidad en las escuelas, la problemática de minorías étnicas o los jóvenes y su relación con el consumo “global”. Esta bipartición no es nueva, en su momento en los años 70 se podían encontrar ya, salvando las distancias entre las visiones materialistas de la cultura y las simbolistas. De hecho, incluso reconociendo que uno de los intentos más exitosos de romper estas dicotomías, en este caso la de estructura/actores por parte de las llamadas teorías de la acción, significó un verdadero soplo de aire fresco, si se miran con atención sus pilares teóricos, es lógico apreciar cierta polarización entre percepciones más cercanas al estructuralismo o al funcionalismo⁷.

En cualquier caso, no es mi intención profundizar mucho más en esta senda que necesitaría más espacio y atención y que me desviaría en mucho del objeto de este texto, dado que significaría entrar en concepciones filosóficas del conocimiento científico, además de intentar formular algún esquema operativo de mi percepción de la disciplina antropológica. La cuestión sobre la que quería pensar a partir de esta problematización en torno de la *teoría* y de las visiones teóricas era si este abundamiento en proyectos teóricos cada vez más concretos y pragmáticos, un conocimiento teórico cada vez más comprobable, menos abstracto y el consecuente abandono de los núcleos duros de las respectivas disciplinas (antropológica-sociológica) para caminar hacia una idea transdisciplinar, significa realmente un avance a la hora de enfrentarnos a los retos que los hechos globales nos proponen.

Es decir, me pregunto si en el caso de la antropología estas nuevas proposiciones teóricas, que sustituyen a las grandes teorías de lo social y la cultura, en muchos casos eludiéndolas, ofrecen un mayor potencial que la utilización creativa de principios heurísticos y epistemológicos que están en el núcleo del conocimiento an-

⁶ Sirva de ejemplo García Canclini, 2000; y como punto medio ideal para mí, Hannerz, 1998, así como el indiscutible Featherstone; Lash; Robertson, 1997.

⁷ Seguramente en las aportaciones post-colonialistas es donde más difícil es encontrar esta tendencia a la dicotomización, como es el caso de Bhabha, 2002: 212-224.



tropológico desde los primeros pasos como el *comparativismo transcultural*, el *holismo*, el *relativismo cultural* o una cierta sensibilidad dirigida a descentrar el *etnocentrismo*. Y al llegar a este punto he de mencionar un ejemplo, una de las sugerencias que más he escuchado sobre cómo debería haber ampliado una investigación sobre mundialización que realicé a partir de la comparación de dos localizaciones etnográficas de producción agrícola, es que para poder reflexionar teóricamente sobre el capitalismo a partir de la etnografía, debería haber hecho trabajo de campo en los parquets de bolsa, donde se comercializan los valores que representan en parte los productos que me servían de base empírica. Como puede suponerse, estaba y estoy en total desacuerdo con esta idea por muchas razones, pero sobre todo por una: las ciencias sociales y, en especial, la sociología y la antropología, cuentan con un recurso epistemológico que las dota de un potencial especial a la hora de buscar un conocimiento abstracto-teórico a partir de lo concreto-empírico y es precisamente su facilidad para recorrer el camino entre esos dos puntos. Desde mi punto de vista, es algo muy parecido a lo que desde las matemáticas, las teorías de conjuntos, a partir de las ideas de Bertrand Russell se llamó *mereología* (puede verse Peña, 1989: 33-73), intentando complementar de forma transitiva los principios de comprensión y abstracción, representando una especie de dimensión transfinita que introduce la idea de diversidad, de azar en las teorías de conjuntos y que tiene muchos puntos de encuentro con mi idea algo estructuralista de holismo y, por consecuencia, con mi forma de entender el capitalismo como un sistema cultural holístico, en el que consumo “industrializado” y producción “agrícola”, estructuras mundializadas y dinámicas globales son fruto y factores de un mismo conjunto de lógicas.

6 CODA: CAPITALISMO, ECONOMÍA, POLÍTICA Y CULTURA

En algún momento de la introducción situaba como piso teórico hipotético de las reflexiones de este trabajo la idea del capitalismo como orden cultural, que particularmente propongo bajo un prisma post-estructuralista, pero que ciertamente debe poder mirarse en otras muchas claves. Desde este punto de vista, la premisa está clara: el capitalismo no es sólo economía, pese a que las condiciones que han posibilitado dicho orden económico han posibilitado toda una construcción discursiva y práctica de lo social en la que la economía es la lógica ordinal de lo político y lo social, pese a que en la construcción de esa percepción de lo social, las ciencias sociales han jugado un papel clave. Me refiero especialmente a la *economía política*,



puesto que ni los defensores más acérrimos de dicho sistema de pensamiento, ni los pensadores más críticos han sido capaces de generar formas de reflexión que ensayasen un cierto relativismo, una cierta búsqueda de un “afuera” para pensar su propio orden social.

Es más, como toda idea social o de lo social, la economía es para y desde la Antropología: Cultura. Pero en lugar de embarcarme en una prototípica exploración exótica, he de decir que en el caso concreto del capitalismo como forma socio-histórica nos encontramos básicamente con una tensión dinámica entre economía y política, entendidos ambos conceptos en su acepción más clásica, esto es, la economía como lógica de administración y reparto de los recursos de una sociedad y la política como administración del orden social, de la *diversidad*. Lo cual significa que, en el caso de la forma cultural que en todos sus momentos socio-históricos entendemos como capitalismo, en algún momento se ha dado una inversión o deslizamiento entre dichos polos (economía-política), una especie de sub-sunción de lo político por lo económico y, paradójicamente eso ha pesado y se ha apoyado en nuestros propios intentos de entender, muchas veces de forma crítica, ese proceso.

Como argumento favorable para esta premisa, creo que sería bueno considerar como paulatinamente (en tiempo y espacio), la economía en su acepción capitalista ha ido imponiéndose de manera cuasi total, entendida como una acepción de la idea de racionalidad universalista no sujeta (al menos a nivel discursivo) a relativismo. Una acepción ésta que incluso parece haberse impuesto a otras de las acepciones sociales de racionalidad que tienen su origen en la razón histórica e ilustrada y que, obviamente, tiene una población histórica en su concepción, sobre todo una forma muy particular de cambio (evolución) constante y necesario, pero nunca estructural, lo cual conlleva una muy especial relación entre las ideas de progreso e identidad en sus diferentes sentidos.

Aunque, en parte, la antropología no ha sido capaz de apreciar esto en toda su dimensión, pese a que desde sus inicios había sido testigo y narrador del avance capitalista con sus luces y muchas sombras, hasta el punto de que buena parte de los debates y aproximaciones en antropología económica tenían como punto de referencia, más o menos visible, dicho proceso de mundialización, sobre todo por parte de las miradas más críticas de la *economía política* luego sustituida parcialmente por la *ecología política* (Wolf, 1972: 201-205) en lo que conforma una de



las tradiciones más fértiles del saber antropológico entendido como *crítica cultural*⁸. De forma que, aunque esta tendencia ha producido mucho conocimiento sobre el capitalismo por contraste con las culturas (Polanyi, 1989), ha incurrido en varios “errores” que se le han criticado tradicionalmente como la idealización de otros sistemas socio-económicos (Dumont, 1982) o la excesiva reificación fruto del permanente interés en las figuras “fronterizas” por antonomasia en esa totalización del territorio capitalista, que son los llamados campesinos.

Luego puede que muchas de las imposibilidades de apreciar dimensiones del capitalismo más allá de lo económico han de estar relacionadas no sólo con la mutabilidad y complejidad del objeto, sino también con nuestras propias herramientas epistemológicas para pensarlo en el sentido kantiano de *¿qué puedo saber?* (Foucault, 1984b: 5-22) Y como no, estas limitaciones son quizás más visibles en los intentos con voluntad de pensar críticamente estas cuestiones, como es el caso de Marx y mucha de su tradición que, en su intento de analizar el capitalismo, peca de esa falta de exterioridad de la que hablaba, socializando lo que en otros casos se consideraría cultural⁹. Falta de exterioridad que, sin duda, está tras lo fallido de las grandes predicciones marxistas, en el sesgado entendimiento del papel del proletariado, del Estado o de las crisis sistémicas del capitalismo. Y falta de exterioridad “cultural” que, en cierta medida, es una de las claves de las acertadas reformulaciones post-marxistas (Habermas, 1973).

Pero llegados a este punto, cabe lógicamente hacerse la pregunta de en qué consiste esa exterioridad, ese factor cultural. Personalmente, al margen de creer que es posible encontrar múltiples conceptos de cultura dependiendo de distintos factores (casi uno por antropólogo), pienso que primeramente la idea de cultura representa la tensión constante entre lo universal-panhumano y lo correcto-diferencial, tensión plasmada en la idea de diversidad. Además de una dimensión menos tenida en cuenta pero seguramente fundamental para entender el cambio (adaptación) social, no sólo como una respuesta a un output o encuentro cultural. Me refiero a que la interacción entre los aspectos tradicionales y nuevos dentro de una cultura hay

⁸ Una de las ideas centrales del interesante Marcus; Fischer, 1986 en su reconstitución posmoderna de la disciplina.

⁹ Ejemplo clave es la fallida conceptualización de la mercancía como fetiche, 1971: 31-49, sobre todo a la vista de la noción de sistema totémico Lévi-Strauss, 1972: 132 ss.



que sumar las complejas dinámicas de recreación y reinención de lo tradicional, así como de tradicionalización de lo generativo. Tener en cuenta una cuestión básica para entender bien tanto la idea del capitalismo como orden cultural, como el proceso mediante el cual se ha dado esa extraordinaria extensión de dicha lógica en otros mundos, es decir, las interacciones constantes, sinérgicas, entre lo social y lo cultural.

Francamente creo que no es exagerado pensar que esa dinámica interior/exterior, social/cultural encierra muchas de las claves de cómo el capitalismo ha conseguido incrustarse en casi todos los sistemas socio-culturales, mundializándose a través de mecanismos mucho más complejos que imponer una forma de producción, más bien generando toda una nueva economía (cultural) de algo tan inaprensible como el deseo. Lo cual rompe por complejización como los esfuerzos de concebir las sinergias de cambio socio-cultural de forma exterior por contacto (García Canclini, 1989). De forma que esto conlleva la mencionada consideración del capitalismo como una superposición socio-económico a los distintos sistemas culturales de carácter local, casi siempre entendidos en comportamientos nacionales-regionales y este es el camino al estancamiento que intento deshojar aquí. A lo que añadir junto a estas cuestiones epistemológicas, que esta visión conlleva también una idea de *poder* excesivamente reducida, funcionalista, capaz de “resolver” esto con la expresión de “pensar global, actuar local”, incapaz de resolver las tensiones entre los polos de lo estructural y la acción¹⁰. Porque, por supuesto, el capitalismo mundializado (como esquema de poder) tiene funcionamientos horizontales estructurales en formas racional-social, pero se eleva a base de subsistemas hibridizados, verticalizantes que engarzan la asignación de papeles socio-económicos como identidades culturales construidas en muchos casos al amparo de la idea de progreso.

De manera que cuando hablamos de mundialización, de regionalización, pensamos en conceptos como redes, territorio o sociedad pero también pensamos exclusivamente en producción, dicotomizando esto en lo que entendemos como realidades globales y los conceptos que les asociamos, fundamentalmente asociados a dinámicas de consumo. Pero ciertamente podría ser más concreto, es decir, parece

¹⁰ En ese sentido son insuperables las aportaciones de Foucault, 1984b y su noción no represiva del poder; así como la de Bourdieu, 1997.



complicado imaginar que los supuestos caminos de progreso o desarrollo vía cultivo del olivar o vía café tengan alguna sostenibilidad si no es por medio del consumo, entendido este de forma post-industrial. Es decir, no sólo intentando entrar en los circuitos de comercialización y envasado del producto –alcanzando los “medios de producción del valor añadido– sino, sobre todo, generando toda una dinámica social, de carácter local, que conduzca a la valoración, la significación simbólica como algo propio del aceite o del café local que, a su vez, conduzca al consumo – autoconsumo-, lo cual generará además todo un tejido socio-económico de carácter post-industrial a su alrededor, flexible, dinámico, etéreo y seguramente, precario.

BIBLIOGRAFÍA

- BEUCAGE, P.; TALLER DE TRADICIÓN ORAL DEL CEPEC., 1997, “Integrating innovation: the traditional nahua coffee-orchard. (Sierra Norte de Puebla, Mexico)”, en *Journal of Ethnobiology*, num. 17 (1). pp. 45-67
- BHABHA, H., 2002, *El lugar de la cultura*, Manantial, Buenos Aires
- BOURDIEU, P., 1997, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona
- CYPHER, J.M., 1992, *Estado y capital en México. Política de desarrollo desde 1940, Siglo XXI*, Mexico
- CLIFFORD, J., 1999, *Itinerarios transculturales*, Gedisa, Barcelona
- CUESTA AGUILAR, M. J., 2002, “Los paisajes erosivos del olivar”, en Anta, J. L. Palacios, J. (Edits.), *La cultura del aceite en Andalucía*, Fundación Machado, Sevilla, pp. 65-86
- DELEUZE, G., GUATTARI, F., 1988, *Mil mesetas*, Pre-textos, Valencia
- DÍAZ CÁRDENAS, S.; SANTOYO CORTES, H.; VALDIVIA, E., 1994, “Crisis del café y estrategias de los pequeños productores en México”, en *Simposio: El futuro papel del café en el desarrollo sostenible de sociedades campesinas en América Latina*. 48 Congreso Internacional de Americanistas, Upsala
- DUMONT, L., 1982, *Homo aequalis. Génesis y apogeo de la ideología económica*, Taurus, Madrid
- EARLY, D. K., 1982, *Café: dependencia y efectos. Comunidades Nahuas de Zongolica, Veracruz en el mercado de Nueva York*, INI, México
- FEATHERSTONE, M.; LASH, S. M.; ROBERTSON, R. (Edits.), 1997, *Global Modernities*, Sage, London
- FOUCAULT, M., 1968, “Response au Cercle d’epistemologie”, en *Cahiers pour l’analyse*, num. 9, pp. 9-44



- FOUCAULT, M., 1984a, *La voluntad de saber* (Vol.1). *Historia de la sexualidad*, SXXI, Madrid
- FOUCAULT, M., 1984b, “¿Qué es la ilustración?”, en *Revista de pensamiento crítico*, Num. 1, pp. 5-22
- FOUCAULT, M., 1999, *Arqueología del saber*, SXXI, México
- FRIEDMAN, J., 2002, “Una antropología de los sistemas globales frente a la retórica de la globalización”, en *Curso: Culturas en contacto, encuentros y desencuentros*, pp. 105-124, Museo Nacional de Antropología, Madrid
- GARCÍA CANCLINI, N., 1989, *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México
- GARCÍA CANCLINI, N., 2000, *La globalización imaginada*, Paidós, México
- GIOBELLINA BRUMANA, F., 1990, *Sentido y orden. Estudios de clasificaciones simbólicas*, CSIC, Madrid
- GUERRERO, F; ET ALII., 2002, “Efectos ecológicos de la intensificación del cultivo de olivar en la comarca del Alto Guadalquivir: repercusiones sobre la diversidad”, en Anta, J. L.; Palacios, J. (Edits.), *La cultura del aceite en Andalucía*, pp. 51-64, Fundación Machado, Sevilla
- HABERMAS, J., 1973, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Amorrortu, Buenos Aires
- HANNERZ, U., 1998, *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*, Cátedra, Valencia
- HERR, R., 1996, *Agricultura y sociedad en el Jaén del S. XVIII*, Universidad de Jaén, Jaén
- HIDALGO CAPITAN, A., 2003, “Hacia una economía política global posmoderna. La economía mundial como sistema socioeconómico autopoiético”, en *Cinta de Moebio. Revista de Epistemología en Ciencias Sociales*, Num.17, <http://www.moebio.uchile.cl/17/frames04.htm>.
- KUHN, T., 1989, *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, Madrid
- LAKATOS, I., 1983, *La metodología de los programas científicos de investigación*, Alianza, Madrid
- LARRAURI, M., 1999, “Anarqueología. Teoría de la verdad en Michel Foucault”, en *Eutopías*, pp. 87-149, Ediciones Episteme, Valencia
- LÉVI-STRAUSS, C., 1972, *El pensamiento salvaje*, FCE, Madrid
- LÓPEZ ONTIVEROS, A., 1978, *El sector oleícola y el olivar: oligopolio y coste de recolección*, Ministerio de Agricultura, Madrid
- LUHMAN, N., 1997, *Sociedad y sistema*, Paidós, Barcelona
- MARCUS, G. E., 1995, “Ethnography in/of the world system. The emergence of mul-



- visited ethnography”, en *Annual Review of Anthropology*, Vol. 24, pp. 95-117
- MARCUS, G. E.; FISCHER, M., 1986, *Anthropology as Cultural Critique*. Chicago: University of Chicago Press.
- MARX, K, 1971, *El capital. Crítica de la economía política*, FCE, México
- MOLINA, J. L., 2001, *El análisis de redes sociales. Una introducción*, Bellaterra, Barcelona
- PALACIOS RAMÍREZ, J., 2002, “El olivar: la construcción de un texto híbrido”, en Anta, J. L.; Palacios, J. (Eds.), *La cultura del aceite en Andalucía*, pp. 23-50, Fundación Machado, Sevilla
- PALACIOS RAMÍREZ, J., 2003, “Algunas disquisiciones culturales sobre la(s) globalidad(es): dilemas entre lo local y lo global”, en *Revista Brasileira de Sociologia das Emoções*, Vol.2, Num.4, pp. 113-125
- PEÑA, L., 1989, “¿Lógica combinatoria o teoría estándar de conjuntos?”, en *Arbor*, Num. 520, pp. 33-73
- POLANYI, K., 1989, *La gran transformación*, La Piqueta, Madrid
- RAMOS, E; ROMERO, J. J., 1994, “Del productivismo al ruralismo: una reflexión sobre la política agraria en Andalucía”, en *Estudios Agrosociales*, Num. 169, pp. 175-212.
- ROBOTHAM, D., 1997, “El poscolonialismo: el desafío de las nuevas modernidades”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, Num. 153, <http://www.unesco.org/issj/rics153/robothamspace.html>.
- SALAZAR PERALTA, A. M., 1988, *La participación estatal en la producción y comercialización del café en la región norte del Estado de Chiapas*, UNAM, México
- TAUSSIG, M., 1993, *El Diablo y el fetichismo de la mercancía en Sudamérica*, Nueva Imagen, México
- VINCENT, J., 1986, “System and process 1974-1985”, en *Annual Review of Anthropology*, Num.15, pp. 99-114
- WALLERSTEIN, I., 1989, *El moderno sistema mundial, SXXI*, Madrid
- WILLIAMS, R., 1963, *Los tepehua*, Universidad Veracruzana, Xalapa
- WOLF, E. F., 1972, “Ownership and political ecology”, en *Anthropological Quarterly*, Num. 45, pp. 201-205



Protocolo para citar esta versión: Palacios Ramírez, J., 2005, "Reflexiones antropológicas sobre las lógicas de la mundialización y el capitalismo avanzado como orden cultural", en Papeles del CEIC, nº 19, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://www.ehu.es/CEIC/papeles/19.pdf>

Fecha de recepción del texto: octubre de 2004

Fecha de evaluación del texto: enero de 2005

Fecha de publicación del texto: diciembre de 2005